

Pero es mejor que se aguante
 Sin velas el Santo Cristo;
 No lo protejan de guanta
 Y por burla los judíos.
 Pero todo eso es soflama,
 Todo eso es hablar dormido,
 Todo eso es perder el tiempo
 Borrando y poniendo en limpio;
 Lo que importa es que si sientes
 Del corazón los latidos,
 Oigas que dentro del pecho
 Te está hablando tu marido;
 Y no te doble la suerte,
 Que estoy juerte y sé el oficio.
 Cuida á mi señora madre,
 La probe llora por su hijo,
 Y estoy mirando sus canas
 En medio á sus nietecitos."

Esto dictaba en la cárcel
 A un escribano, Cirilo,
 Que por achaques de riña
 Está en la cárcel sumido;
 Y despues que le leyeron
 Letra á letra lo que dijo,
 Tomó la carta en sus manos,
 Quedó un rato pensativo,
 Y con gotas de su llanto
 A trechos borró lo escrito.

EL CALLEJON DEL MUERTO

(CUENTO)

I

Es una taza de China
 La casa de Pedro Hernandez,
 Carpintero de lo fino,
 A quien sobran los marchantes,
 En su trabajo y sus tratos
 Formal entre los formales.
 La escasez llega á sus puertas,
 Pero jamás entra el hambre.
 Doña Canuta, su esposa,
 Es hembra que satisface,
 Limpia como el agua clara,
 Más sacudida que el aire;
 Como querida, amorosa;
 Buena y tierna, como madre;
 En su casa una sonaja,
 Como una santa en las calles,
 Mucho seso, corta lengua,
 Y ni salientes ni entrantes

En su casa, en que los niños
 Son delicia de sus padres.
 En una pieza está el banco,
 El torno, el pequeño estante
 Do se guarda la herramienta,
 La olla en que la cola se hace,
 Y astillas que se recogen,
 Pero que nunca se barren.

En la otra pieza de adentro,
 Sin que pueda sospecharse,
 Hay un sofá, sus seis sillas,
 Su ropero y cama grande,
 Grandes nichos, dos vihuelas,
 Un tinajero con trastes,
 Y abajo de la ventana,
 Que á un segundo patio cae,
 El reducido brasero
 En donde milagros se hacen ;
 Trono de un gato amarillo
 A quien acechan dos canes.

Es hora de la Plegaria :
 Hernandez, de sobremesa
 Acariciando á sus hijos,
 Con su consorte contesta :
 El taller está en silencio,
 Opaca alumbra la vela,
 Los chicos el equilibrio
 Pierden seguido y bostezan.

Cuando se oye que rechina
 Entreabriéndose la puerta,
 Y Don Modesto Zorongo
 En escena se presenta.
 Es Don Modesto Zorongo
 Hombre que va en los ochenta,
 Como de nuez el semblante,
 Las carnes como de yesca,
 Las manos como ramales,
 Boca bolsuda, tos seca,
 Los ojillos lagrimosos,
 Y la espalda como étcétera.
 Un sorbete como tubo
 De escurrida chimenea,
 Un tornasol capotillo
 Que donde no es ojo es hebra,
 Y unos zapatos que pueden
 Solo pasar por sospecha
 De calzado, pues los dedos
 El suelo tocan en huelga.
 Y así, con esa fachilla,
 Don Modesto es una fiesta.
 ¡Qué cuentos sabe tan lindos
 Y qué sabrosas leyendas!
 ¡Oh y cómo su rostro anima
 Y se exalta y se endereza,
 ¡Y cómo se ven palpables,
 En sus hermosas contestas,
 A los señores Obispos,
 Al Virey y á las Vireinas,

El Pendon, el Toro de once,
 Las Tres caídas, Noche Buena,
 El Rorro que celebraba
 San Juan de la Penitencia,
 Y cosas de Garatuza,
 El Chuchó y Pillo Madera.

—Siéntese vd., Don Modesto,
 Aquí conmigo en la mesa.
 Un taco.—Yo nunca ceno.
 —Si esta apénas es merienda.
 —Pus un trago de Tlamapa.
 —No? que le compren mixtela.

Anímanse los esposos,
 Los chiquitines despiertan,
 Se levantan los manteles,
 Se despabila la vela,
 Viene el trinquis de la calle,
 Y, formando todos rueda,
 A Don Modesto suplican
 Que les cuente una leyenda;
 Y éste, prendiendo su puro
 Despues de mojar la lengua,
 Tose dos veces seguidas,
 Su mano á la frente lleva,
 Cierra los ojos un punto,
 Y así sosegado empieza:

II

Por el rumbo de la Villa,
 Y en una que en su comienzo
 Dizque quiere ser plazuela,
 Y es llano y son vericuetos,
 Está la ilesia del Cármel
 Y estaba su gran convento,
 Que era asilo de los santos
 Y era de las almas puerto,
 Y, en pliegues de callejones
 De aquel lado al sol opuesto,
 En un fandango de arrugas,
 Jacales y otros excesos,
 Se estiraba silencioso,
 Angosto y lóbrego y feo,
 Un callejon que ha cobrado
 Hoy el dictado del Muerto.
 En un tiempo era habitado
 No en casas, sí en agujeros,
 Por monos más que por gentes,
 Por diablos, como veremos....
 Las tinieblas se abrigaban
 En el callejon del Muerto,
 Que ni la luz de la luna
 Dejó por allí reflejos....
 Pero el vulgo aplicó el óido
 En aquel sepulcro negro,
 Y dijo que se óian ruidos

De tan espantosos ecos,
 Que las carnes azotaban
 Infundiendo susto y miedo,
 Y decían que en los aires,
 Y sobre aquel lugar mismo,
 A las doce de la noche
 Se veía una cruz de fuego,
 Y gotas de roja sangre
 Sobre el callejón cayendo.
 Avisóse á la Justicia,
 La Inquisición alzó el dedo,
 Y sobre todo el negocio
 Sus alas tiende el misterio.

III

Son las doce de la noche,
 Suena á lo lejos la esquila
 Del sacrosanto convento
 De las madres Capuchinas,
 La ronda y los familiares
 Del Santo Oficio se alistan,
 Y en el callejón del Muerto
 Como sombras se deslizan,
 Embarrándose en la casa
 Que señaló la Justicia.
 Con los cuellos alargados,
 Con el ojo en las rendijas,

Vieron tres altas mujeres
 De hermosura á maravilla,
 Con los senos descubiertos,
 El vestido á las rodillas,
 Reclinadas en los brazos
 De tres hombres que á la vista
 Por sus trages y aposturas
 Caballeros parecían.
 Ellos pasión en los ojos,
 Ellas en los labios risa,
 Y en el centro de la mesa
 Que ellos y ellas circuían,
 Se mira un Santo Cristo
 De hermosura peregrina,
 En medio de cuatro cirios
 Que con arrogancia arodian,
 Y, oh espanto! como botellas
 Cráneos humanos tenían,
 De donde á doradas copas,
 Entre algazara festiva,
 Los licores exquisitos
 Con entusiasmo vertían,
 Diciéndole al Santo Cristo
 ¡Oh blasfemia! oh farsa indigna!
 “En tu nombre les quitaron
 A nuestros padres las vidas,
 Sus cuerpos los redujeron
 A fragmentos y cenizas,
 Y mintieron los malvados,
 Porque tú eres Dios de vida.

Así, ¡oh Cristo! te juramos
 Vengarnos;” y entre las risas
 Cruzaban amenazantes
 Los relámpagos de su ira:
 No más dijeron las voces,
 Y las puertas se derriban,
 Desnúdanse las espadas;
 “Dense al Rey!” las voces gritan;
 Y se oye por todas partes
 “¡La Inquisición! La Justicia!”

IV

Nada supo el vulgo ansioso
 De aquel suceso terrible;
 El espanto y el silencio
 Mataron el mismo chisme.
 ;Eran los reos acaso
 De tan encumbrados timbres,
 Que envolverlos en un velo
 Se acordó, ó bien tan humildes
 Eran que no mereciese
 Tal suceso descubrirse?
 Pasaron días y días
 Por aquel callejon triste,
 Y temblando ya se alejan
 Todos los que en torno viven.

En pos vinieron los años,
 Y supo espantado el vulgo
 Que á tormento á las mujeres
 Condenaron los verdugos:
 Les desgarraron las pieles,
 Las hundieron en sepulcros,
 Oyeron chirriar sus carnes
 Entre azotes y entre insultos,
 Y ni una queja exhalaban,
 Ni salió clamor ninguno
 De los destrozados pechos
 Ni de los labios convulsos;
 Pero los mancebos viles,
 Al ver de la hoguera el humo,
 Se llamaron judaizantes
 Y, con el cabello hirsuto,
 Sus pecados confesaron
 Entre el llanto y entre el susto.
 Yo no sé ni por qué causa,
 Ni dice la historia qué hubo;
 Pero ellos fueron horcados.
 Cada cabeza se puso
 En el callejon maldito
 En su escarpia; y á lo léjos
 Se miraban sus tres bultos.

Años despues se escucharon
 En el lugar de los muertos,
 En el peso de la noche,

Agudos gritos siniestros:
 Eran las mismas mujeres
 Que de la prision salieron,
 Y, maltratadas sus carnes,
 Descoyuntados sus huesos,
 Venian como tres furias,
 Mejor dicho, tres espetros,
 Consumidos los semblantes,
 Vistiendo harapos los cuerpos,
 Las bocas lanzando espuma
 Y en desorden los cabellos.
 Y venian noche á noche
 Adonde estaban los muertos,
 Y les lanzaban injurias
 Y epítetos tan blasfemos,
 Por viles y por cobardes
 Delatores traicioneros,
 Que se temia que hablasen
 Los cráneos mudos y yertos.
 Y así las noches pasaban;
 Y destruyéndose fueron
 Sobre sus mismas escarpías
 Aquellos fúnebres restos;
 Y dos de aquellas tres furias
 Del lugar desaparecieron;
 Mas quedaba la tercera
 Con la cabeza de un muerto,
 Y noche á noche, entre aullidos,
 Llevaban los aires léjos
 Sus quejas y maldiciones

Que rasgaban el silencio.
 Al fin cesaron las voces
 Y se perdieron los ecos,
 Y la ronda que pasaba
 Se quedó atónita viendo
 A una mujer que sin vida
 Cáida se hallaba en el suelo,
 Con los dientes enclavados
 En la cabeza del muerto
 Y del Muerto desde entónces
 Al callejon le dijeron,
 Y con horror lo miraban
 En aquel remoto tiempo.

Los niños están dormidos,
 Cabizbajo el carpintero:
 Canuta reconocida
 Da las gracias á Modesto;
 Pero dicen que esa noche
 No pudo probar el sueño.